

2 QUÉ PASA

Derechos humanos:
la estéril polémica por la Ley de Amnistía

Guerra de las tarjetas:
el primer traspie de las multitiendas

Un paseo por el Santiago
íntimo de **Lemebel**



LOS MECENAS DE LAGOS

Qué Pasa revela quiénes fueron los mayores contribuyentes de la campaña presidencial de Ricardo Lagos en el sector público.



Mario Hiriart

El chileno de Schoenstatt que aspira a ser santo

Especial
Ahorro previsional
voluntario

El patiperreo urbano de Lemebel

Pocos días antes de presentar *Zanjón de la Aguada*, su último libro de crónicas, Pedro Lemebel realizó un recorrido con *Qué Pasa* por su Santiago más privado y biográfico. La Vega, la comuna de San Miguel, el Mercado Central y el Cementerio Metropolitano -donde descansan los restos de su madre- son algunos de los lugares por los que acompañamos a este autor rabioso y melancólico.

ALVARO MATUS
FOTOGRAFÍAS: MABEL MALDONADO

Es casi mediodía de una de las mañanas más frías de este invierno. En el cité en que vive Pedro Lemebel, casi en el límite de los barrios Bellavista y Mapocho, todo se ve tranquilo. La reja está abierta. Buscamos la casa número cuatro. De las protecciones de la ventana cuelga un pequeño macetero donde un cardenal lucha por sobrevivir. Tocamos el timbre. Pedro nos hace pasar y nos cuenta que con el frío le duele la muñeca derecha. “La artritis niiiñooo, en la misma mano con la que escribo”. Su mirada tiene destellos de decisión y tristeza. Lemebel vive solo.

Nos preparamos para un recorrido por el Santiago que este hijo ilustre del atrevimiento ha retratado con rabioso lirismo en sus crónicas urbanas. No está con taco alto. Tampoco con peluca, medias u otra prenda femenina que suele usar para sus presentaciones públicas o performances. Es un Lemebel menos producido, que usa anteojos y cubre su cabeza rapada con un gorro. Pantalón y zapatos rojos, camiseta burdeo y un chaleco en el tono. Al cuello, un pañuelo mexicano. Y en la muñeca, para la artritis, un pañuelo azul con hojas de marihuana estampadas. Se cruza su cartera y nos invita a La Vega, ese paréntesis santiaguino que huele a flores, frutas, verduras, especias.

Es allí donde Pedro almuerza carbonada, charquicán, cazuela, humitas, lentejas. Platos

de casa. Es también por los estrechos pasillos de La Vega por donde le gusta deambular, en busca de las paltas más baratas. Y los plátanos, naranjas, repollos, tomates y manzanas. Porque, en el fondo, Lemebel abomina de la fruta y verdura envasada del supermercado. Casi nunca va a esos “laberintos de ilusiones” o “aeropuertos del consumismo”, como los llama en su crónica *Socorro, me perdí en un mall*.

Cuando compra un kilo de plátanos, el vendedor le tira la primera talla: “Ese es bien macho”, le dice, indicándole a un mulato, posiblemente haitiano o guatemalteco, que vende chucherías taiwanesas. “Bien mocho será”, replica Lemebel, con la rapidez de alguien acostumbrado al chiste con doble sentido.

La oficina de *The Clinic*, periódico donde Pedro publica sus crónicas, queda a pasos del Museo de Bellas Artes. Y la editorial Planeta, que edita sus libros bajo el sello Seix Barral, está al frente del cerro Santa Lucía. Por eso, también es frecuente encontrárselo caminando por los alrededores del Parque Forestal.

Hace dos años, sin embargo, Pedro vivía en un pequeño departamento de un block de tres pisos. En Departamental con la Norte Sur, en San Miguel. Una zona pobre, que en los ‘60 empezó a poblarse de edificios básicos que con el tiempo se han ido descascarando, agrietando, disminuyendo. Ese es el lugar de su infancia, juventud y buena parte de su adultez. A

media cuadra estaba la casa de Camilo Escalona, el político que Pedro prefiere recordar por sus ojos verdes. “Era lo único verde que chispeaba en el descolorido paisaje de la zona sur”, escribió una vez. “Y cuando iba a la feria los sábados con mi papá me encontraba con la Gloria Benavides y su mamá. A dos cuadras vivía Palestro”, agrega.

Recorremos esas calles que lo llenan de recuerdos, como cuando caminaba por la cornisa del edificio como un trapecista o partía con otros niños a robarse frutas de las parcelas del sector. “Todos creen que por ser marica jugaba a las muñecas y a la mamá, pero eso es un cliché. Me juntaba con la patota de cabros, hijos de obreros o panaderos, como yo. Era como un Tom Sawyer rasca”, explica. “Mi mamá casi se moría cuando me veía colgando de las piernas desde el tercer piso. Ahora pienso que toda mi vida ha sido un desafío”.

A veces camina por su antiguo barrio. Compra algún zapato de tacón o una capa gótica en la feria de los jueves, en el puesto de una señora que escucha las crónicas de Lemebel en radio Tierra y que no cree que “su casero” sea el auténtico Lemebel. “Cómo va a ser Lemebel, si usted está aquí y yo lo estoy escuchando ahora en la radio”, comenta esta feriante incrédula y desconfiada.

Cuando murió su madre, hace dos años, Pedro decidió dejar el block y cambiarse al cén-





Con su prosa afilada y lírica, Lemebel también ha retratado el barrio de El Bosque Norte, lo que él llama, irónicamente, "Sanhattan".

trico cité donde vive hoy. La pérdida aún lo descoloca. Llegó a pensar que no escribiría más, aunque ha seguido caminando, observando y narrando el devenir de esta ciudad nerviosa. A Violeta Lemebel, precisamente, está dedicado su libro *Zanjón de la Aguada*. "Para ti, mamá, estos tardíos pétalos", se lee al comienzo. "No voy mucho al cementerio porque me deprimó, pero aprovechando que andamos en auto podemos pasar un rato", sugiere Lemebel.

Partimos al paradero 18 de Gran Avenida, a una picada donde venden las flores a un tercio de lo que cuestan en el cementerio. Es un pequeño puesto, a la salida del metro Lo Ovalle, frente al Centro de Carnes, carnicería que ofrece prietas, pñiles y sobrecostilla, aunque también cloro y otros detergentes.

Camino al cementerio, Pedro comenta que le gustaría pasar unos meses en el norte para escribir de los petroglifos precolombinos de la zona de Illapel, que serán cambiados de lugar para construir una represa. También cuenta que hace unos meses probó la ayahuasca, "una pócima que dilata tu universo perceptivo". La experiencia lo tocó fuerte. "Es algo que no se puede contar con palabras, pero me atrevo a adelantar que mi madre estaba bien, que la veía bien. Fue como si te limpiaran el vidrio: ves todo más claro".

El Cementerio Metropolitano está prácticamente desierto. Lemebel comenta que el 1 de noviembre parece parque de diversiones, con tumbas llenas de campanas y guirnalda y niños que juegan sin imaginarse lo que es la muerte. Pedro llena un florero con agua y deposita allí las rosas rojas para Violeta. De sus

labios sale un murmullo, un diálogo secreto entre hijo y madre. Ahora sí que su mirada tiene más de tristeza que de decisión.

HACIA EL NORTE

El auto se dirige ahora por una Norte Sur fragmentada por nuevos arreglos. Nos bajamos a hacer una foto que tiene de fondo el Hospital del Trabajador construido por Allende. Ese verdadero elefante blanco que nadie se atreve a demoler, pero tampoco a completar. En eso está Lemebel, posando feliz, cuando escucha la talla de los maestros. "Quiero una foto con ellos", comenta en un claro guiño a Manuel Puig, el escritor argentino que se jactaba de seducir obreros. Y a Passolini: "sábanas de raso para musculatura de carga", escribió el autor italiano. Desafiante, Lemebel cruza la Norte Sur, baja a la fosa y los convence de posar con él. "Estaban bien guapos", dice al pasar.

Llegamos al Mercado Central. Está antojado de comer chupe de locos. Mientras espera, bebe el primer pisco sour del día. Llega el chupe y Pedro se desilusiona: "Lo quería doradito encima, crujiente, con más loco. Como el que hacía mi madre". Cambia el plato por un congrido con papas fritas. Nadie parece reconocerlo. Más que escritor, parece actor. O peluquero. A él no le va ni le viene. Se acerca un tipo a vender figuritas de cristal: "Para la madre...", nos dice. "No tengo madre", contesta Lemebel. Para los amigos, insiste el comerciante, pero Pedro dice que no tiene amigos ni marido. Compramos un piano de cristal y Pedro, agradecido, se imagina estar dentro de *El zoo de cristal*, de Tennessee Williams. Hablamos de las crónicas de Monsiváis y los poemas de Perlon-

guer. Pero más que leer, ve televisión. "Veo las noticias y paso por algunos programas. No voy a ver a Morandé con su salchichón erótico, que es obsceno y vacuo". También hablamos de la Geisha, de la escandalera del Rumpy contra el cura Ortega y de las fronteras que no cruzan en esta ciudad.

"La Dehesa y Santa María de Manquehue me parecen el colmo de kitsch y mal gusto, inhabitables para un ciudadano de una metrópolis. Son barrios *miamiescos*, sin alma", sentencia Lemebel. "En cambio mi malandra y triste Mapocho tiene algo de puerto".

Los últimos rayos de sol se cuelan por el techo del Mercado. ¿Un café, Pedro? "Los cuicos toman café, quiero otro pisco sour". Por molestarlo, proponemos ir a Providencia.

En Lyon, Lemebel se planta en seco. "No me dio ni un mes para ganar un poco de plata", le dice a una señora que vende el *Zanjón de la Aguada* pirateado. "Yo sólo los vendo", replica ésta. "No me venga con ésa. Aquí cagamos todos. No escribo más. O escribo para que se publique afuera", le contesta irritado el escritor que, en una semana, agotó la primera edición de *Zanjón*.... La señora nota cómo la mira, incapaz de sentir rabia o una verdadera indignación. "Firmeme uno por fa, para mi nieto". Y Lemebel se olvida de la mafia de piratas y se imagina al joven lector. "Entre piratas no nos vemos la suerte", concluye, recordando sus tiempos de vendedor callejero.

Al llegar a El Bosque, que para Lemebel no es más que una mala copia de Manhattan, una sombra de aburrimiento cubre su cara. "Nueva York es maravilloso, pero esto es como un juego de metrópolis en que el arribismo rural se pasea desfachatado. Allí convive gente de todas las razas, sexos y estatus, mientras aquí sólo están los cuicos. Aquí tengo que pagar impuesto por fea y por pobre", comenta Lemebel con pirañas en su lengua.

Nos vamos a Suecia, donde tomamos unos pisco sours. Casi anochece y Pedro comenta lo que será la performance de presentación del libro. Se pintará la cabeza como un cerebro. Tiene que ir a dejar una capa a la tintorería. Quemará las letras del abecedario.

Antes de salir del local, Lemebel mira al barman con una mueca burlona. Quiere cruzar nuevamente la frontera y estar al poniente de Plaza Italia. Nos subimos a un taxi rumbo a su casa. Pero al llegar, Pedro nos anuncia que se baja en El Toro. Un trago más, para seguir sintiendo el pulso de esta ciudad nerviosa. **pp**